

“La monstruosidad del armario”

Esto se volvió algo muy frecuente, pero desde entonces no he podido dormir con tranquilidad. Desde hace días, esa cosa me vigila... serena, esperando algo. No sé qué es, pero lo presiento. Puedo verlo en sus ojos colgantes y observadores.

Escondida entre las puertas de ese lúgubre armario, logró captar su indiscutible vigilancia sobre mi cama, pero no realiza ninguna acción.

Estoy recostado en mi cómoda cama, pero ni así logro conciliar el sueño. No mientras esa criatura sacada de las más profundas pesadillas siga observándome. Su cuerpo parece abarcar todo el espacio de aquel armario, logrando medir unos dos metros o más, aún encorvada.

A la mañana siguiente (como todas las mañanas desde que comenzó esta rutina), me levanto de mala gana, sin haber dormido nada durante la noche. Pero no decido ni acercarme al armario por el profundo temor que me produce, por más voluntad que tenga.

Voy a la cocina para prepararme el desayuno. Los lunes siempre son difíciles para comenzar la semana, sobre todo con este trabajo de oficina que simplemente me aburre y no deja que mi imaginación fluya como tanto deseé en mis años de juventud.

La literatura era una de mis pasiones favoritas, pero mis padres siempre dijeron que era una tontería, que nunca logaría una buena vida a base de ella.

Cada vez que paso frente a la sala principal, dirijo mi mirada a la puerta, expectante y preocupado. Mi pareja ha desaparecido hace ya varias semanas y no hay ni rastro de ella. El día que desapareció fui al puesto de policía más cercano para informarles, pero hasta hoy han sido incapaces de encontrarla. Aun así, sigo aferrado a esa pobre y débil esperanza de que llegue un día, cruce esa puerta y vuelva.

Subiendo al auto para ir a mi nefasto trabajo, miro los alrededores. Siempre tengo esas extrañas sensaciones de que alguien me observa desde los árboles. Mi casa está frente al bosque que conecta el barrio con la ciudad, donde está mi oficina.

Luego de media hora exacta, dejo el auto en el estacionamiento y entro al edificio. Camino hacia mi puesto de trabajo, saludando a mis colegas; algunos me miran raro, otros con una sonrisa.

Al sentarme, se acerca Alfredo González, un gran amigo que hice hace unos años en esta misma oficina.

—*Hola, Martín. ¿Cómo despertaste hoy? Pareces más cansado de lo normal.*

—*Hola, Alfre... sí, desde que Clara no vuelve, no he podido dormir bien... la extraño mucho.*

—*Sí... es algo muy terrible. Pero no te preocupes, sé que algún día volverá y alegrará tu vida como siempre lo hizo.*

—*Ella era algo muy importante para mí... nunca fui feliz antes de conocerla. Mi vida con mi familia era... complicada.*

—*Puedo entenderlo... pero tranquilo, no hay que pensar en malas cosas ahora. Fue buena idea recomendarte que vayas a la psicóloga para tratar tus temas personales.*

—*No lo dudo... desde que empecé a ir, mis problemas se fueron apagando, aunque todavía siguen ahí... algo latentes... Esa cosa en el armario sigue viéndome.*

—*¿La cosa? ¿La que siempre me mencionás?*

—*Efectivamente, querido Alfre.*

—*No creés que... estás siendo algo paranoico? Quizás la desaparición de ella te está afectando más de lo que pensás.*

—*A esta altura... ya no lo sé. Solo... quiero que vuelva. Y que esa cosa me deje en paz.*

Sé que su mirada es la misma que me da cuando no cree en mis palabras. Aunque no lo culpo. No es fácil entender esta horrenda situación.

—*En fin... en otras noticias, ¿viste que el gobierno decidió construir un centro de investigaciones cerca de acá?*

—*Creo que era algo así como DVZ Larco, o no sé... no presté atención al nombre del edificio.*

En ese momento, llega nuestro jefe y nos ordena que dejemos de charlar y volvamos al trabajo. Obedecemos. Alfredo me saluda y yo le devuelvo el gesto. Me dispongo a cumplir con mis tareas.

Mientras continúo con el papeleo, al levantar los párpados unos segundos y mirar hacia la esquina del cuarto... lo veo.

Ya deben saber de quién hablo. Juro haberlo visto. No para de seguirme. En los rincones más oscuros, siempre está presente, acosándome...

Intento restarle importancia, pero la sensación es muy fuerte. Siento su penetrante mirada en mi nuca. Hasta podría decir que percibo esa... pequeña pero pesada respiración que lanza desde su nariz y su boca endemoniada.

Está detrás de mí. No hay ninguna otra posibilidad. Está detrás de mí y no logro moverme. El miedo que infunde sobre mí excede cualquier capacidad de reacción. Me estoy dejando llevar... una presa sencilla.

Siento su fría mano rozar ligeramente mi hombro derecho. Estoy seguro de que, en cualquier momento, clavará sus feroces garras en mi carne.

Intenta degustarla con el tacto. Esta criatura está más allá de todo tipo de clasificación, denominación o etiqueta. Y está detrás de mí. Paciente... esperando el momento perfecto para llevarme a lo más profundo.

Tengo dos alternativas: sobrevivir... o no.

Así que, con lo único que me queda de fuerza, y con una frustración y enojo enormes, me levanto y me giro rápidamente para confrontarla, tomándola de los brazos con fuerza, dispuesto a lanzarle un golpe.

—¡DIABLOS, MARTÍN! ¿Qué te sucede?

—¿Eh?...

¿La criatura habla?... Esa voz...

—¡SOLTAME LOS BRAZOS, IDIOTA!

Era el jefe...

—O-oh...

Parece que todo lo imaginé... y decido soltarlo.

—Me disculpo...

—Tenés que empezar a controlar estas actitudes. La próxima no te la voy a perdonar tan fácil... estúpido.

Veo cómo se aleja. Definitivamente, este no es mi día.

Las horas pasan... ya me cansé de estar acá. Debo salir.

Recojo mis cosas y me dirijo a la salida. No importa si me voy antes del horario. Me excusaré con alguna cita médica.

Ya en el auto, con el cielo oscureciendo y el sol oculto entre los árboles, la vista es simplemente hermosa. Una distracción agradable.

Al llegar a casa, estaciono y respiro profundo. Miro el hacha clavada en uno de los troncos... Cuántas veces estuve con ella, talando árboles, disfrutando de la cercanía y la brisa.

Al acercarme a la puerta, veo una nota de la policía pegada. Aún no encuentran nada sobre ella. Me deprime... pero retiro el papel y entro con la cabeza en alto.

Después de preparar y cenar, miro un poco afuera. La oscuridad que tantas veces me aterraba, ahora la encuentro extrañamente calmante. Mis pensamientos se estabilizan y empiezo a sentirme cómodo, como pocas veces.

Hasta que recuerdo que debo dormir... y aguantar la mirada inquietante de esa cosa en el armario, único lugar al que me he prohibido acercarme.

Al entrar en mi habitación, noto lo cómoda que se ve la cama. Qué bonito sería volver a sentir el cálido cuerpo de Clara junto al mío bajo las sábanas. Me acuesto...

Pero es imposible dormir. El miedo logra entrar en la habitación. La criatura está ahí dentro, en el armario, y no puedo hacer nada.

Sus ojos irradian una maldad infinita. No deja de vigilarme, como un felino esperando el momento justo para cazar.

Una situación insopportable que me obliga a mantenerme despierto. Si caigo dormido, haré lo que la criatura siempre esperó. Me llevará a la oscuridad misma, de donde proviene.

Milagrosamente, ya es de mañana. Logro levantarme a pesar del evidente cansancio.

Sigo la misma rutina de siempre. Me dirijo al trabajo, observando los mismos árboles y edificios de cada día.

Al entrar a la oficina, Alfredo me da una sorpresa:

—Martín, no quiero ponerte nervioso... pero el jefe... resulta que desapareció.

—¿Q-qué?... —es lo único que logré responderle a mi psicóloga.

—Mmm... entonces me estás diciendo que la criatura escapó de tu casa para empezar una cacería en busca de nuevas víctimas... ¿y que tu jefe fue una de ellas?

—Eso sería lo más plausible en este contexto. No hay otra conclusión.

—Martín... sé que el duelo por la desaparición de tu pareja es duro... para eso estoy. Pero hay que poner los pies en la tierra y aceptar que esto es solo una coincidencia...

—¿P-pero no es obvio? L-la criatura se está llevando a todos... como también lo hizo con ese niño que se perdió en el bosque, o aquel señor mayor que no volvió luego de ir a pescar.
¡Ahora se llevó a mi jefe, como también lo hizo con Clara!

—Martín... basta.

Logro calmarme... quizás ella tenga razón.

—Lo siento... es que... n-no puedo...

—Sé que es duro, pero vas a salir de esto. Solo tenés que enfrentarte a ello... y aceptar que no es tu culpa.

—Mmm... gracias... veré qué puedo hacer.

—Bien.

Luego de pagarle, algo a regañadientes, salí del consultorio, entré al auto y volví al trabajo. Aún tengo cosas pendientes.

Después de unas horas y mucho papeleo... sigo sintiendo la ansiedad de ser vigilado por todos y por nadie. Es todo tan extraño...

Decido llamar a mi psicóloga, esperando una segunda charla. Pero suena el teléfono:

—*Lo sentimos. La Dra. Grace ha desaparecido. La policía está aquí en busca de pistas.*

Esto ya es el colmo. Toda persona con la que me relaciono está desapareciendo. Una situación que nunca imaginé vivir.

Estoy devastado en mi silla, inmóvil, sin respirar... sin poder mover un simple músculo.

Y solo puedo encontrar un culpable: esa maldita, asquerosa, endemoniada cosa.

Ya harto y decidido, salgo de la oficina sin saludar a nadie. Subo al auto, lo enciendo y me dirijo a casa, pasando por los mismos árboles de siempre.

No voy a fallarle, Dra. Grace. Voy a enfrentar mis demonios. Por usted, por el jefe, por Clara y todos los desaparecidos. Acabaré con esa cosa de una vez por todas.

Estaciono el auto afuera de la casa. Antes de entrar, agarro el hacha. Debo asegurarme de terminar con esto.

Al pasar por el pasillo cuidadosamente, veo todas las fotos y recuerdos con Clara. Alimentan mi determinación y enojo.

Pasando por los cuartos, creo oír sirenas afuera. La policía está aquí, pero han llegado tarde. Yo me encargaré.

El olor es insoportable. Los cuerpos deben estar llenándose de moscas.

Oigo a la policía querer entrar y gritar mi nombre.

Entro al cuarto. Esto está por terminar. Ellos lo saben... me lo dicen.

Me paro frente al armario. Ellos quieren que lo abra. Me lo piden a gritos.

Los gritos se vuelven insoportables. Están ansiosos. No pueden esperar más. Yo tampoco.

Luego de tanto tiempo... por fin, abro el armario. Un cuerpo desfigurado.

Tal como lo imaginé... y la veo...

Acallando las voces.

—*Cariño*...